

Nuruddin Farah

Eslabones

Traducción del inglés de
Miguel Martínez-Lage

Con la colaboración de
Eugenia Vázquez Nacarino

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

Si no quiere uno convertirse en un monstruo, habrá de semejarse a sus congéneres, de acuerdo con la especie, y ser la viva imagen de sus parientes. O, de lo contrario, engendrar una progenie que a uno lo convierta en el primer eslabón en la cadena de una especie nueva. Y es que los monstruos no se reproducen.

Michel Tournier

El individuo lleva en realidad una doble vida: una en la que es un fin en sí mismo y, otra, en la que es un eslabón en una cadena al servicio de la cual se encuentra en contra de su voluntad o, al menos, independientemente de su voluntad.

Sigmund Freud

Un perro famélico a la puerta de su amo
predice la ruina de la hacienda y el cotarro.

William Blake

Primera parte

Por mí pasa el camino hacia la ciudad que sufre,
por mí pasa el camino hacia el dolor eterno,
por mí pasa el camino que va entre los extraviados.

...

Pues hemos llegado al lugar...
en el que se ve a los desdichados,
a los que han perdido el bien del intelecto.

(Canto III)

Porque tu acento demuestra que eres
natural de la noble ciudad a la que fui,

...

Y las valientes manos de mi guía
me empujaron a él entre las tumbas,
diciendo: «Sé comedido en tus palabras».

Como al pie de su tumba yo estuviese,
me miró un poco y, como con desdén,
me preguntó: «¿Quiénes fueron tus mayores?».

(Canto x)

... que es mentiroso y padre del embuste.

(Canto xxIII)

Dante, *Infierno*

1.

—¡Las armas no tienen el cuerpo de las verdades de los hombres!

Apenas había puesto pie en Mogadiscio, poco después de aterrizar en una pista de tierra al norte de la ciudad, a bordo de un bimotor procedente de Nairobi, Jeebleh oyó a un hombre hacer este curioso pronunciamiento. Se sintió más bien torpe y desaliñado en su manera de alejarse de aquel hombre, que lo siguió. Jeebleh observó a los pasajeros empujarse unos a otros para recoger sus equipajes, las maletas alineadas sobre el polvo del terreno, bajo las alas del aparato. Fue tal el caos que estallaron fieras discusiones entre los pasajeros y varios de los hombres que ofrecían sus servicios como mozos de cuerda, hombres de los que Jeebleh prefirió no fiarse. ¿Quiénes eran aquellos merodeadores? Él sabía que los somalíes tenían por costumbre organizar fiestas de despedida cuando se marchaba uno de sus seres queridos, así como darles ruidosas y alegres bienvenidas acudiendo en masa a los aeropuertos y a las estaciones de autobús cuando alguien volvía de un viaje. Sin embargo, aquellos haraganes que merodeaban parecían estar sin empleo y haber salido a sacar la tajada que pudieran, por medios limpios o engañosos. No descartó que los que iban armados organizaran un atraco o dispararan con tal de conseguir lo que ansiaban.

Le inquietó, y no poco, que el Antonov no hubiese tomado tierra en el aeropuerto principal de la ciudad –del que se había apropiado uno de los señores de la guerra tras la precipitada retirada de los soldados estadounidenses– sino en un desolado aeródromo, recientemente recuperado de la tierra de nadie que había alrededor, entre las dunas de arena y los matojos del desierto y, por el otro lado, el mar.

Jeebleh observó que, tras recoger sus equipajes, los pasajeros se congregaban en torno a la entrada de un hangar, empujándose, afanosos, enzarzados en agrias disputas. Momentos después dedujo que el hangar era la sala de «Inmigración», al ver a algunos de los pasajeros entregando sus pasaportes y a los hombres que había en el interior recibirlos y desaparecer. Si el hangar era el sitio donde tendrían que sellarle el pasaporte, ¿quiénes, en tal caso, eran aquellos hombres que no vestían uniformes? ¿Qué autoridad representaban, teniendo en cuenta que Somalia carecía de gobierno central desde hacía varios años, desde el desplome del régimen militar que había conducido al país a la ruina absoluta?

Al volverse porque el hombre había vuelto a decir algo, repitiendo su comentario sobre las armas, Jeebleh vio al desconocido con la barba incipiente de última hora de la tarde y llegó a la conclusión de que ese hombre y él jamás se habían visto. De haberse visto antes, sin duda lo recordaría, porque el hombre ostentaba una boca que apenas era boca, con unos labios que parecían escondidos en el interior, prácticamente invisibles. Era muy alto y su escualidez se le antojó antinatural. Jeebleh no pudo por menos que preguntarse si ese hombre no se había cuidado como en otros tiempos solía o si es que siempre había sido tan flaco, pero al ver su porte digno y el modo en que se comportaba, Jeebleh no acertó a imaginar cómo era posible que nadie sobreviviese y además prosperase en las condiciones reinantes en Mogadiscio, que a Jeebleh habían descrito algunos somalíes que estaban al tanto como mera política de sálvese quien pueda, de intrigas y misterios, en la que cualquiera devoraba a cualquiera. El

hombre probablemente tenía cierta educación y acaso había ocupado algún puesto relevante en los tiempos del antiguo y brutal régimen dictatorial, cuyo derrocamiento popular había desencadenado un conflicto todavía no resuelto. O tal vez fuese un profesor bien considerado en la Universidad Nacional, ahora extinta a todos los efectos.

–¿Qué es lo que no tienen las armas? –repitió el hombre–. ¡No tienen el cuerpo de las verdades de los hombres!

Jeebleh se paró a pensar: ¡ahí está! No era mero accidente que la primera frase que le dirigía un desconocido empezara con «las armas». Le pareció emblemático del vocabulario de la guerra civil y, estando los tiempos como estaban, tuvo la certeza de que iban a ser numerosas las oportunidades en que oyese a cualquiera hablar de las armas y de cuestiones análogas.

Miró a otra parte y se encontró con dos jóvenes tullidos que pedían a los pasajeros y a los mirones por igual que los llevaran a un cobertizo algo más alejado, donde podrían llamar por teléfono, o los llevaran hasta un garaje no muy lejano tampoco, donde podrían encontrar transporte para ir a la ciudad. Rápidamente hurtó su mirada a la de los jóvenes, concentrándose del todo en el hombre. Jeebleh se sintió débil y percibió de un modo difuso que algo no estaba del todo como debiera.

–Todo el mundo me llama Af-Laawe –dijo el hombre.

A Jeebleh le avergonzaron sus malos modales al no estrechar la mano que le tendía el hombre y al no haber tenido la amabilidad de presentarse.

–No te tomes la molestia –siguió diciendo Af-Laawe–, pues tu reputación te precede. Por eso, ¡permíteme que te dé la bienvenida, Jeebleh!

El sol arrojó un resplandor deslumbrante. Y, como si estuviera aturdido, Jeebleh miró en derredor, seguro de que a un nivel consciente no estaba suficientemente preparado para los sobresaltos que le esperaban a lo largo de su visita, la primera que hacía a Mogadiscio en más de dos décadas.

Tendría que adaptarse a la nueva situación. Se acordó de que había sentido el extraño impulso de hacer ese viaje tras un alarmante roce con la muerte. A punto estuvo de ser atropellado por un somalí, recién llegado a Nueva York, que conducía un taxi ilegalmente, sin licencia. Había tenido la esperanza de que viajando a Mogadiscio, la ciudad del horror, tal vez pudiese despistar a la muerte. Entretanto, estaba deseoso de hallar un eslabón que le uniese a Bile y tenía la esperanza, también, de encontrar a la sobrina de su muy querido amigo, Raasta, quien recientemente había sido secuestrada.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Soy amigo de Bile —respondió el hombre.

—¿Cómo le van a Bile las cosas?

—Eso depende de quién lo diga.

—¿Qué quieres decir?

—Bile tiene muchos detractores, gente que relaciona su nombre con fechorías terribles.

—¿Y tú eres uno de sus detractores?

La pregunta pareció desconcertar a Af-Laawe, que guardó silencio. Entretanto, Jeebleh se aseguró de que tenía bien apresados entre los pies el bolso de viaje y el bolso de mano, donde llevaba sus documentos. Desconfiando de los motivos que pudiera tener el hombre delgado, ideó una táctica distinta para tratar de afrontar la incomodidad que le producía todo desde el momento mismo en que llegó.

—¿Sabía Bile que iba a llegar yo en este vuelo? —preguntó.

—Es posible que llamase Nairobi para avisarme.

—Lo dices como si «Nairobi» fuese el nombre de una persona —dijo, y aguardó a que Af-Laawe dijera algo, pues demostraba ser un tipo escurridizo.

Af-Laawe claramente se alegró de que la conversación dejara de abundar en Bile.

—Algunos de nosotros pensamos en las ciudades que conocemos muy bien, en las que hemos vivido, como si se tratase de nuestros amigos íntimos.

Jeebleh entendió a qué se refería: sabía que en momentos

de gran angustia uno puede confundir el yo con el mundo. Sin embargo, extremó explícitamente sus medidas de precaución, colocándose el bolso del equipaje y el bolso de mano sobre uno y otro hombro. Había viajado con poca ropa. Siguiendo el consejo de unos amigos de Kenia, donde había pasado un par de días, dejó una maleta más grande en Nairobi, en la consigna de su hotel. Se había llevado más libros que ropa a Mogadiscio, suponiendo que el material de lectura sería difícil de encontrar en una ciudad gobernada y arruinada por los traficantes de armas.

Se masajeó el hombro derecho, que le estaba causando molestias, porque uno de los bolsos contenía muchos libros de tapa dura, regalos para Bile, que sin duda apreciaría, estaba seguro. Jeebleh llevaba casi todo el dinero, unos cuantos miles de dólares estadounidenses en billetes grandes, guardado en la cartera. Tuvo que viajar con dinero en metálico, puesto que allí no había bancos en funcionamiento.

–Explícame eso de los detractores que tiene Bile.

–Sigue al frente de El Refugio.

–¿Y qué hay de criticable en quien lleva un refugio?

–En nuestro país abundan los detractores, decididos a difamar el nombre de cualquiera que esté dispuesto a hacer buenas obras –respondió Af-Laawe–. Bile lleva auestas a gran cantidad de detractores porque está teniendo éxito en lo que hace. Nuestro pueblo tiene gran afición a envidiar a los triunfadores, a los que consiguen lo que se proponen, a quienes nos empeñamos en rebajar a la altura en que estamos los demás, es decir, hasta el fondo del pozo.

–Pero explícame bien eso de Bile. ¿Por qué tantos detractores?

–La gente pone en duda cuáles son las fuentes del dinero con el que creó El Refugio.

–¿Y de dónde salió ese dinero?

–Sus detractores hablan de asesinatos y de robos.

–¿Bile se ha dedicado al asesinato y al robo?

–Las guerras civiles tienen la capacidad de lograr que las

personas se comporten de manera contraria a su propia naturaleza –dijo Af-Laawe–. Te sorprendería saber lo que se cuece o hasta dónde llegan algunos. A veces es bastante difícil distinguir entre el bien y el mal.

–No en el caso de Bile.

–¿Estás enterado de lo de su sobrina? –dijo Af-Laawe–. ¿Sabes que ha sido secuestrada, según los rumores por hombres relacionados con la gente a la que presuntamente Bile asesinó y robó? Al parecer, los secuestradores han dicho que no soltarán a su sobrina y a su amiga hasta que les haya devuelto el dinero que les robó, hasta que no confiese que cometió los asesinatos.

Af-Laawe observó en silencio cómo lo miraba fijamente Jeebleh, cuyas facciones reflejaban la desconfianza que sentía hacia él.

–Gran parte de lo que me dices es novedad para mí –dijo Jeebleh y, tras una breve pausa, añadió–: Por lo que yo sé, los secuestros tienen un motivo político. De hecho, recuerdo haber leído en alguna parte que el Cacique del Sur, el señor de la guerra, está implicado en ello.

–¿Y dónde has leído eso?

–En la prensa estadounidense.

–¿Qué sabrán los estadounidenses de las cosas que pasan aquí?

En eso al hombre no le faltaba razón y Jeebleh prefirió no disputárselo, al menos hasta no conocer mejor el caso. Guardó silencio, meditando sobre la manera de continuar esta conversación.

–¿Raasta y su amiga fueron secuestradas a la vez o por separado? –preguntó al fin.

–Raasta y su compañera de juegos, Makka, que tiene el síndrome de Down, compartían una misma habitación –repuso Af-Laawe–. Eran inseparables. Veías a una y veías a la otra o pensabas en la una y pensabas en la otra.

–¿Y cómo se lo ha tomado Bile?

–Está desolado.

Jeebleh sacudió la cabeza entristecido, pues recordó haber leído un artículo sobre el secuestro en *The New York Times*. En el artículo se describía a Raasta como un símbolo de la paz en una Somalia desgarrada por la guerra, un símbolo a la altura de un mito, considerada por los habitantes de la ciudad un salvoconducto hacia una coexistencia en armonía. Jeebleh recordaba pasajes del texto palabra por palabra: «La gente cree que nada malo le puede suceder cuando está junto a ella y se siente a salvo de los asesinatos arbitrarios, de las balas perdidas, de la insensatez de la muerte que sobreviene en un robo. Por eso la gente corriente se guarece en El Refugio, que es donde reside ella».

–Si Bile devuelve el dinero, ¿las pondrán en libertad?

–No hay garantías –dijo Af-Laawe.

–¿Sabe alguien quiénes son los secuestradores?

Pero cuando Jeebleh se volvió para oír su respuesta, Af-Laawe ya no estaba y se encontró cara a cara con tres jóvenes armados. Aterrorizado, se preguntó si no habría imaginado a aquel hombre, con la ayuda de un *djinn* amigo, por la pura necesidad de un guía que le orientase en aquella anárquica ciudad.

¿Qué espantoso motivo podían tener esos jóvenes armados para tomar posiciones tan cerca de donde se encontraba él? Perplejo ante sus poses, despreocupadas del todo, y ante sus andrajosas vestimentas, Jeebleh dedujo que no actuaban con la autoridad de la policía, que habría llevado uniformes e insignias. Estuvo seguro de que ni siquiera si hubiesen lucido uniformes habrían resultado convincentes en su papel. En cualquier caso, los somalíes no se pliegan ante nadie sólo porque ostente un uniforme: seguiría siendo un malhechor armado que tratase de mantener la autoridad.

Jeebleh recordó haber visto una obra de teatro alemana cuando era estudiante en Italia, una obra que se desarrollaba en Prusia, al final de la Primera Guerra Mundial, en la que